

Fragmento traducido del libro

Nina Jäckle
Zielinski

Klöpfer & Meyer, Tübingen 2011
ISBN 978-3-86351-002-2

pp. 9-24

Nina Jäckle
Zielinski

Traducción de Carla Imbrogno

*“Le dicen locura –me doy cuenta–
a eso que no encuentra eco en el espíritu de los otros.”*

Bettina von Arnim a Karoline von Günderrode
sobre Friedrich Hölderlin.

Ya no entiendo a la vecina. No entiendo por qué sale de su casa todas las mañanas, para qué se molesta en ir a la peluquería, para qué tiene un gato, no entiendo por qué saluda cuando uno se la cruza en las escaleras del edificio.

Se me acabó la espuma de afeitar: nada del otro mundo tratándose de mí. Iré a la farmacia y compraré, también, cera para el cabello y nueces. Cuando ponga un pie fuera del edificio e inspire la primera bocanada de aire advertiré que hace días que no salgo de casa. Ese hecho me atormentará y para tranquilizarme lo que haré será persuadirme: me diré que todo es bueno para algo.

Dado que al fin y al cabo soy aquello en lo que me he convertido, de regreso a casa me preguntaré, por qué voy de regreso a casa, para qué había salido, para qué llevo conmigo espuma de afeitar, cera y nueces. Todo para algo, me diré, todo es bueno para algo. Tal vez la vecina me salude en la escalera. Los martes la escalera huele a spray de peluquería.

Uno de los martes pasados, de repente me sentí enajenado cuando contaba dinero frente a la caja de la farmacia, tampoco sabía por qué pedía una bolsa para llevar lo que había comprado. No quería que la vecina me saludara. Recuerdo esa sensación casi explícita de no

querer que me saludaran. Fue un martes, y ese martes será para siempre el día en que perdí la buena voluntad, el día en que por primera vez percibí la furia y también la sensación de ser ajeno a mi propio alrededor. Los martes la vecina va a la peluquería.

Desde hace unos días ando muy callado, apenas si me muevo en mi departamento. Sé claramente que hay un motivo para andar apaciguado, un motivo para el silencio. El silencio sirve para contener la furia. La furia que me producen la vecina y todos los demás vecinos y vecinas. La furia que me produce quedarme sin motivos que justifiquen mis propias acciones o las de los demás apenas me pongo a pensar en esos motivos. La furia se vuelve peligrosa por ejemplo en el momento en que uno no comprende a la vecina que todos los martes va a la peluquería. No estoy triste: fiebre no tengo.

No encuentro mis botas de lluvia, son nuevas, me gustaría ponérmelas ahora. Son unas botas de lluvia verdes con suela reforzada y gruesa. Así que estoy sin botas sentado en la cocina con la mirada fija en el reloj. Los minutos se hacen horas, semanas, años. Jamás me acordaría de un martes que hubiera sido un martes como cualquier otro. Eso se lo debo a la vecina.

La más grande de mis habitaciones huele a madera. No sé si de veras estuve en la farmacia.

Debería pedirle a mi hermana que me vigilara. Los pensamientos son peligrosos. Cavan para sí corredores en los que uno se puede distraer perdiendo de vista el contexto.

No pierdo de vista la puerta. Reina el silencio, como si no pasara nada. Uno se acostumbra a todo con sólo dejarlo durar lo suficiente. No siento la necesidad de

ver a nadie, de dejarme ayudar por nadie. No tengo necesidades. Ese es uno de los pensamientos peligrosos, no tengo necesidades.

Y así es como estás sentado en una silla y te sientes respirar, y eso es todo. Olvidaste el paisaje.

*

En la escalera del edificio había unos hombres parados. Uno de ellos me entregó una carta e hizo un gesto de aprobación a los otros, que pasaron a mi lado cargando grandes cantidades de madera y las entraron en mi departamento. Llevaron la madera a la más grande de mis habitaciones, y cada vez más madera, más y más madera. Trabajaban en forma rápida pero no atropellada, todos vestidos de la misma forma, pantalón azul, camisa blanca, eran cordiales, no olían a transpiración. Los hombres se quedaron un buen tiempo, mantenían la puerta cerrada, los escuchaba martillar y serrar en el interior de la habitación, reír y putear. Se quedaron tres días, después se hizo silencio en mi departamento. En la carta manuscrita que me dieron no dice mucho. Está escrita en una caligrafía serena, ligeramente inclinada hacia la derecha, con firuletes por igual arriba y abajo, sobre un papel finísimo.

“No se preocupe por nada, cordialmente, Zielinski”, decía la carta.

Un día más tarde trajeron terciopelo azul cobalto. Nuevamente hombres que se metieron en la más grande de mis habitaciones, también ellos cerraron la puerta, y yo los escuchaba martillar, los escuchaba reír y putear, así estuvieron dos días y después se hizo silencio en mi departamento. Ellos también tenían una carta para mí, una carta que tampoco dice demasiado.

“Tengo mucho que hacer, me retraso unos días, cordialmente, el terciopelo también debe forrar el techo de mi caja por favor, Zielinski.”

Debo confesar que no encuentro las cartas. No tiene sentido buscarlas porque son cartas que yo supongo. Sin embargo me debo a mí mismo buscarlas, en definitiva, estoy seguro de haber escuchado a los hombres, cómo puteaban, se reían, martillaban. En definitiva estoy seguro de haber leído la letra manuscrita de Zielinski. Me debo a mí mismo creer en la existencia de esas cartas y por ende buscarlas. Es conveniente amigarse con ese que uno es, yo soy ese que no puede hallar dos cartas en el desorden de un cajón, debería aceptarlo. El desorden es el culpable de que yo no encuentre nada.

Entré en la más grande de mis habitaciones, estoy seguro de haber entrado en la más grande de mis habitaciones. Olía a madera. Habían desaparecido mis muebles, mis libros y cuadros; y llegando casi al techo y cobrándose la mitad del espacio de la más grande de mis habitaciones había una enorme caja de madera dotada de puerta, y todavía está ahí, estuve suficientes veces en la más grande de mis habitaciones para comprobarlo. Estoy seguro de haber visto junto a la puerta un timbre y una placa con un nombre.

“Zielinski”, leí en voz alta, y toqué timbre. El sonido del timbre me resultaba conocido. No se movió ni una mosca, abrí la puerta y entré. Olía a madera. Todavía huele a madera, estoy seguro.

Las paredes y el techo me rodeaban azul cobalto y terciopelo, mi propio parquet hacía las veces de suelo, en el centro de la caja colgaba del techo una araña, y debajo de la araña había un sillón de madera sencillo, marrón oscuro, salvo eso no había nada más. Cerré la puerta y

me quedé parado frente a la caja, y otra vez leí ese nombre. "Zielinski".

A las nueve de la mañana del día siguiente escuché pasos dentro de la caja. Escuché cómo Zielinski arrastraba el sillón por el parquet, por mi parquet de aquí para allá, de izquierda a derecha, Zielinski arrastraba el sillón de izquierda a derecha. Ni siquiera se dignaba saludarme, de eso estoy seguro, ni siquiera, pese a que llamé a la puerta y estuve carraspeando un rato, pese a que entré y grité a viva voz mi nombre y apellido completos exigiendo un poco de cortesía, Zielinski ni se percató de mi.

—Me está rayando el parquet con su sillón —le grité.

*

Hay niños jugando en el patio. Se llaman por sus nombres, se llaman a gritos, se chiflan, el patio amplifica sus gritos, sus peleas, sus risas. Sobre el piso del patio se pueden ver dibujos a tiza. Coches, monstruos, árboles o tal vez héroes que no conozco. Por las noches el patio no es otra cosa que la distancia entre los edificios enfrentados.

No hay motivo para fijar la mirada en la botella de vino. Sé exactamente cómo se ve la botella. También sé exactamente cómo se ven el cenicero o la cortina de la cocina, el grifo del agua, las patas de la mesa, el picaporte. No hay motivo para mirar fijo los objetos. Cuando me quedo con la mirada fija todo está en silencio, yo mismo estoy en silencio, nada se mueve cuando me quedo con la mirada fija, tampoco yo. Debería averiguar

qué significa esa mirada fija. Quizás sea el síntoma por excelencia de algún cuadro patológico. Es aterradora la cantidad de cuadros patológicos que existen. Para ser más preciso, hay un cuadro patológico por casi cada uno de los estados de la existencia, tenemos a disposición un repertorio inagotable de síntomas susceptibles de interpretación. No es recomendable informarse demasiado, no es recomendable saber demasiado sobre el variado surtido de defectos disponibles. No encuentro las botas de lluvia.

En este momento no me agradaría tener que conversar. No podría responder bien a las preguntas que me hicieran. No encontraría palabras amables. Y si uno quiere vincularse con humanos no puede hacerle asco a la amabilidad. Si uno pierde la amabilidad, no hay buena voluntad que valga, uno no se puede hacer entender, ni siquiera se puede poner en la piel de sí mismo. Sin ningún esfuerzo, repaso de corrido las letras del abecedario.

En el fondo no sé por qué cada vez me cuesta más la amabilidad. Incluso soy capaz de provocar mi propio malhumor con sólo pensar en amigos, parientes o hasta personas que vi una sola vez en mi vida o durante un rato. No sé por qué lo provoco, por qué traigo a la memoria personas para sentir repulsión.

En las escaleras del edificio hoy huele a spray de peluquería, por ende hoy es martes. No sé qué estaba haciendo en las escaleras. Me quedé en las escaleras hasta que dejé de oler el spray de peluquería.

Hace cinco días que estoy esperando. Hace cinco días que Zielinski no se mueve. Debe haber encontrado la posición justa para su sillón. La idea de que se haya

instalado no me cae necesariamente bien. Tampoco me cae necesariamente bien la idea de que pueda irse. No hay idea que me caiga necesariamente bien.

Parto de la base de que quien está en la caja se llama Zielinski. Eso dice el cartel, el cartel con el nombre vale oro.

Hace días que no voy a trabajar. No es algo que se pueda sostener en el largo plazo. Mis colegas se preguntarán qué me habrá pasado. Debería ir al médico para que me de parte de enfermo. Un médico sabrá encontrar una buena excusa. Pero no quiero dejar mi departamento, me resulta imposible dejar mi departamento ahora. Fiebre no tengo. No estoy triste. Una y otra vez me pregunto qué otra cosa que no sea la temperatura se puede medir en números sin el más mínimo esfuerzo. Se pueden medir en números la presión sanguínea, el azúcar en sangre, la frecuencia cardíaca. Ese sistema de regulación basado en valores positivos o buenos sería útil como ansiolítico. No encuentro el aparato para tomar la presión, es por el desorden en todos los cajones, es por el desorden que no encuentro nada, debería ordenar y tirar cosas.

—Entre de una vez por todas, tráigase su silla, bienvenido —me grita Zielinski desde el interior de la caja. Su voz es extraordinariamente agradable.

No sé qué debo hacer. Quiero ir a ver a Zielinski y es bueno querer algo. Pero no sé si será correcto acercarme a él. No puedo negar que me alegra que llame por mí. Me busco una silla de la cocina y me adentro tímidamente en el mundo azul de Zielinski. No sé si será correcto acercarme a Zielinski. Con cada paso que doy, menos seguro estoy.

No sé cuánto hace que no salgo de casa.

Zielinski está sentado en su sillón debajo de la araña en el centro de la caja. Me siento frente a él en mi propia silla, la puerta abierta queda a mis espaldas, en la caja de Zielinski huele a madera. No tengo idea de qué podría suceder ahora, debo reconocer que me gusta estar aquí, me gusta Zielinski.

—Mejor nos seguimos tratando de “usted”, no recordaré su nombre, no se preocupe —dice Zielinski. Tiene ojos bellos. Se incorpora y eso lo vuelve muy elegante, se mueve parsimonioso, de aquí para allá, anda con un bastón pero no cojea, incluso eso resulta elegante, una presencia con brillo propio. Zielinski viste de traje, Zielinski sabe cómo se lleva puesto un traje, nada en él resulta afectado, todo en él parece rozar la perfección. Zielinski advierte mi mirada escrutadora.

—Me gusta andar con bastón de vez en cuando, un capricho que me permito —dice.

Zielinski se sienta. Yo me quedo mirando fijo la empuñadura del bastón. Estoy completamente tomado por esa cabeza de galgo de marfil.

—No podremos evitar que usted haga sus preguntas, y no me hará gracia responder una sola de ellas —dice, y se me queda mirando. Es una mirada tranquila, dócil diría yo, Zielinski ríe. Tiene los dientes impecables, la camisa planchada, las uñas limpiísimas. Es un sujeto fuera de lo común, no es posible encontrarle un solo defecto, no es posible existir al lado de Zielinski, no es posible hacerse una imagen no distorsionada de uno mismo cuando uno se enfrenta a Zielinski.

Debería guardarle rencor, debería echarlo de mi casa, vengarme debería. Me gusta su boca. Debería pedirle consejo a un amigo.

— ¿Qué es lo que está buscando aquí? Esa naturalidad con la que ocupa mi casa, quién demonios es usted —le grito. Mi grito no está a la altura del momento, es torpe y falto de carácter.

Zielinski está sentado en el centro de su caja azul cobalto, está sentado justo debajo de la araña y asiente ante mis palabras, deja el bastón sobre el piso junto a su sillón, se cruza de piernas, tiene piernas delgadas. No le veo un solo cabello, la piel de su cabeza calva no brilla pero tampoco tiene máculas, tiene los ojos grandes, abiertos, una mirada amable. Su traje es de la más fina seda.

—Sería importante para mí saber —le digo; Zielinski alza el bastón, me observa, me está sondeando.

Zielinski me pega con el bastón en la frente, es un golpe seco, preciso, un golpe con todas las letras.

—No es importante saber nada, y la próxima vez que lo invite a acercarse coloque su silla un poco más lejos de mí, gracias —dice Zielinski, y lo dice cortés e impasible.

Tomo mi silla y despacio me dirijo hacia la puerta, estoy un poco abombado por el golpe. Me doy vuelta para ver a Zielinski, volvió a dejar el bastón a su lado en el piso y me está mirando. Siento la necesidad de tomarme la temperatura, no sé dónde está el aparato para tomar la presión, no tengo un aparato para medir el azúcar en sangre, debería pedirle a mi hermana que me vigilara. Así estoy, estoy en la caja de Zielinski con la frente dolorida, me acerco a la puerta.

No sé qué debo hacer, no sé qué palabras decir ni en qué tono. Tal vez debería haber conservado las formas, haberle dado la bienvenida, pero me faltan las palabras para hacerlo ahora en forma tardía, tengo la frente dolorida.

Debería imaginar un emblema. La cabeza del galgo sería ideal, debería crear una especie de escudo. Debería preguntarle a Zielinski si acaso ya no tiene un escudo, debería beber un poco de agua.

—El puño es de marfil, el bastón, de madera de ébano, bienvenido —le digo en voz baja.

Cruzo la puerta de la caja, la cierro despacio y observo la placa con el nombre. En el interior de su caja Zielinski acomoda su sillón, "Zielinski", leo, y huele a madera. Abandono la más grande de mis habitaciones, cierro en silencio la puerta del cuarto y le doy, como si eso fuera a impedir algo, dos vueltas de llave.